

# Corazón a tic tacs.

Y. G. Cardona



## Capítulo 1

El relojero está terminando su jornada de trabajo. Hoy fue un día productivo, reparó dos relojes y vendió cuatro más. Es una buena época. Se acercan las vacaciones y en esta temporada, todos quieren saber qué hora es y cuanto falta para que se terminen las clases y la jornada de trabajo.

Los relojes que vendió eran de color dorado. Cosa que es muy extraña, ¿quién querría un reloj dorado? Son más bonitos los marrones, o los verdes, incluso los amarillos, ¿por qué escoger un reloj dorado? Tal vez porque parecen estar hechos de oro, y a la gente le gusta el oro, pero no entienden lo peligroso que puede ser; aunque el relojero piensa que si lo entienden pero se hacen los ciegos, o sordos, o mudos; él no sabe muy bien cuál de los cinco sentidos es el encargado de entender el peligro de los relojes dorados. ¿Será el sexto sentido? Dicen que solo lo tienen las mujeres, pero si es así; ¿por qué la Señora Kiggins compró también un reloj dorado? Claro, no era un reloj de bolsillo, sino uno muy grande, con un péndulo en la mitad y el dibujo de unos ángeles desnudos en la parte superior; eso es muy diferente a llevar un peligroso reloj de bolsillo color dorado. El reloj de la Señora de la esquina –la misma que se apellida Kiggins-, no era el favorito del relojero, por supuesto. Su favorito es el que tiene barquitos que parecen navegar sobre mareas plateadas –el plateado no es malo-, y eso es porque él siempre quiso ser barquero, pero jamás se lo ha dicho a nadie, teme que lo mencionen dentro de la tienda y sus relojes se enojen tanto, que decidan no volver a funcionar.

El relojero camina por las calles al paso del tic tac del reloj en su mano –sería muy ilógico que el relojero no usará reloj-. Se mueve sin demasiada prisa, mientras balancea las llaves de su casa en la mano derecha, lo hace metiendo el dedo índice en la argolla que hace que todas las llaves estén en el mismo lugar; esa es la función de la argolla, no la de sujetar las llaves, sino hacer que los relojeros que cumplieron sus tareas a cabalidad, puedan balancear sus llaves con tranquilidad; ya lo de sujetar las llaves es un daño colateral.

El relojero cambia de calle mientras silba la tonada de una canción que ya olvidó, pero cuyo sonsonete sigue en su memoria. Camina concierto vaivén producto de sus años y sus caprichos; porque vaya que es alguien caprichoso, su esposa se lo decía todo el tiempo. Su esposa, Blanca. ¿Dónde está ahora? Enterrada en el cementerio que queda a pocas cuadras, por poco olvida eso.

Entra a su casa y antes de pasar del recibidor, se quita los zapatos; es una costumbre que adquirió sin saber muy bien porque y sin mucho ánimo de entenderlo. Pasa a la cocina y se sirve el último trago de jugo de naranja que queda. Prende la televisión y se echa en el sillón. Pronto se

queda dormido.

Despierta solo unas horas más tarde, cuando el televisor ya está apagado gracias a la programación que él le hizo. ¿Qué cosa lo despierta? Su corazón, eso llama la atención. Tic, tac, tic, tac, tic, tac. Ese sonido constante llama su atención.

Se arrastra como puede hasta su cama y se acuesta en ella, siempre dejando espacio para su esposa. Se enojaría si se acostara de su lado de la cama, ella era muy enojona. Antes de dormirse, se abre la camisa y programa en su pecho la hora para levantarse. 5:30. Y eso porque no quiere levantarse temprano, de lo contrario no se permitiría algo así.

Cierra los ojos y se queda dormido mientras el sonido de su corazón a tic, tacs lo arrulla.